

Laurier, que fué el verdadero ministro del Interior, pero después de aquellas sombras de disentimiento le abandonaba toda la administración para consagrarse á su tarea particular, recluta, equipo, armamento y concentración de los ejércitos.

La *Comisión informadora* sobre los actos de la Defensa nacional creyó desacreditar para siempre á Gambetta ante la opinión, publicando los telegramas cambiados por él con los prefectos, los generales y el gobierno de París, y no hizo más que darle una inmensa popularidad y una influencia duradera. Esos telegramas presentan á Gambetta constantemente fiel al espíritu de la Francia que quería batirse para salvar el honor, y al expresar las esperanzas y los temores hartos fundados del país, indicaban á la capital el único camino que le convenía seguir, señalaban el abismo entreabierto y aconsejaban tanto á Trochu como á Julio Favre la única política que podía impedir ó atenuar la catástrofe.

Si activo fué como ministro del Interior, Gambetta lo fué mucho más como ministro de la Guerra, pues creó tres grandes ejércitos, el 1.º y el 2.º del Loira y el del Este, sin contar otros cuerpos menos importantes. ¿Y cómo fueron recompensados sus esfuerzos? Sus colegas de París reconocieron su «infatigable actividad,» pero le acusaron de comprometerlo todo; y sus adversarios, repitiendo una frase poco feliz de Thiers, le trataron de loco furioso. Loco de dolor, sí, lo estuvo, al convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos, y furioso contra el enemigo que durante sesenta años había preparado la ruina de Francia. Ciertamente que en la oposición no había sido más clarevidente que sus colegas, demasiado propensos á ver en el ejército nacional una horda de pretorianos; no había adivinado, como Ducrot, como Trochu, como Stoffel, que Prusia se había convertido en una prodigiosa máquina de guerra; pero desde el día en que fué invadido el territorio y fué patente la siniestra verdad, ¡qué cambio el que en él se operó, ¡qué estremecimiento en todo su ser! ¡qué rabia en su corazón! ¡qué indomable voluntad de arrojar á los bárbaros y qué esfuerzos sobrehumanos á fin de ver salva-da por la República la Francia puesta en peligro por el imperio!

En la historia de la Delegación no sería justo omitir el papel independiente, pero muy patriótico, del representante de Julio Favre, el Sr. de Chaudordy, diplomático de carrera que supo, si no dar á los agentes de Francia en el extranjero instrucciones y reglas de conducta, oponer al menos á las pretensiones de Bismarck, á sus reiteradas violaciones del derecho de gentes, un lenguaje noble y firme en grado sumo. Las circulares de Chaudordy figurarán entre las protestas más elocuentes que el derecho vencido haya opuesto á la fuerza triunfante.

## V

La parte del ejército francés del Rin que no estaba encerrada en Metz había caído prisionera en Sedán. Cuando la Delegación del gobierno de la Defensa nacional se trasladó á Tours, quedaban en Francia 50.000 hombres en los depósitos y cuatro regimientos en Argel. El almirante Fourichón, ministro de Marina y encargado del ministerio de la Guerra, hubiera podido

desempeñar sin grandes deficiencias su doble cargo, si el gobierno se hubiese cuidado de enviarle de París el personal administrativo necesario para la reconstitución de los ejércitos. Pero no se lo envió y el almirante no hubiera podido hacer nada sin el concurso y la competencia del general Lefort, director general de infantería. La organización del 15.º cuerpo, formado al Sur y al Norte de Orleans, y puesto bajo el mando del general La Motterouge, fué obra del general Lefort.

Un decreto de 14 de octubre declaró en estado de sitio todo departamento que se encontrase á menos de 100 kilómetros del enemigo. Un comité militar debía dirigir la defensa, disponer de la guardia nacional y sustraer los abastecimientos al enemigo. Vinieron luego, uno tras otro, el llamamiento á las filas de todos los hombres válidos de veintiuno á cuarenta años; la orden, á cada departamento, de proporcionar al menos una batería por cada 100.000 hombres; la creación de batallones de obreros; la requisición de ingenieros, veedores, contratistas, arquitectos y otros auxiliares.

Durante cerca de cuatro meses se alistó un promedio diario de 5.000 hombres. Estos alistamientos, que fueron una verdadera leva en masa, permitieron organizar 208 batallones de infantería, que formaban un total de 230.000 hombres; 31 regimientos de guardia móvil, de 3.600 hombres cada uno, ó sean, en junto, 116.000; 180.000 hombres de guardia nacional movilizada; 54 regimientos de caballería que sumaban 32.400 hombres, y 30.000 tiradores de cuerpos francos. Es decir, un total de 584.000 hombres, y más de 600.000 si se añade la artillería y los ingenieros.

Con estas levas se organizaron sucesivamente los once cuerpos de ejército numerados desde 15 hasta 26, el ejército de los Vosgos, el primer ejército del Este, el de Lyon, el de Garibaldi y las aglomeraciones del Havre, de Carentán y de Nevers.

Inútil es decir que estas tropas, cuyo núcleo sólido y resistente eran los viejos regimientos, la legión extranjera, la infantería de marina y la marina, resultaron de un valor muy desigual. En los regimientos de marcha, formados de los cuartos batallones del reemplazo de 1870 y de licenciados vueltos á llamar al servicio, reinaba un desorden indescriptible. La guardia móvil era superior, pero carecía de oficiales. Los movilizados eran guardias nacionales de menos de cuarenta años, solteros ó viudos sin hijos, y no resultaron buenos soldados. De los cazadores de cuerpos francos, unos se mostraron bizarros y otros merodeadores. Para armar á aquellos 600.000 hombres se había tenido que echar mano de fusiles de todo calibre y de todo modelo, antes de hacer que las manufacturas de Tulle, Saint-Etienne y Chatellerault se hallasen en condiciones de poder fabricar 100 fusiles cada día.

La Delegación de Tours encontró en provincias, á raíz del 4 de septiembre, 6 baterías de artillería, y creó 238 en cuatro meses, obteniéndose un total de 1.404 piezas.

Los almacenes móviles, establecidos en vagones, en las principales estaciones, prestaron grandes servicios. Gracias á esta disposición, se les pudo sustraer casi siempre con oportunidad al enemigo. Si retrasaron la concentración del ejército del Este, debióse á que Gambetta, lejos de mostrarse demasiado audaz, mostróse de-

masiado tímido en las órdenes dadas á las compañías y no asumió, en nombre del Estado, la dirección de los ferrocarriles, como se lo aconsejaba su hábil auxiliar, el Sr. de Serres, que fué con Freycinet, sin título oficial, uno de sus consejeros más inteligentes y más dignos de confianza.

Los planos y mapas que por descuido se habían dejado en París, tuvieron que hacerse de nuevo y distribuirse á profusión. Esta improvisación, como otras mu-

ascenso, por la substitución de ingenieros civiles á ingenieros militares y de negociantes á los intendentes se formularon sin tenerse en cuenta que poco importaban los reglamentos estrechos de una burocracia rutinaria, cuando se trataba de la salvación y del honor de la patria, y que el empleo de ingenieros civiles tuvo por causa la ausencia ó las deficiencias del elemento militar. En cuanto á la intervención personal de Gambetta y Freycinet en la dirección de los ejércitos, parece que ni



El general Faidherbe

chas, no empezó hasta el 10 de octubre, y es quizá la única que escapó á las censuras dirigidas contra la Delegación y sobre todo contra el *Dictador*. Las más violentas se dirigieron á la innovación de los once campos regionales destinados á la instrucción de los movilizados y establecidos en Saint-Omer, Cherburgo, La Rochela, las Alpinas, Nevers, Burdeos, Clermont, Tolosa, Montpellier, Sathonay y Conlié. Las acusaciones más apasionadas fueron las que se formularon contra los organizadores del ejército de Bretaña y del campo de Conlio, los Sres. Gambetta, Keratry y Carré-Kerisouet, porque los movilizados bretones que contribuyeron á la pérdida de la batalla del Mans, procedían de este campo sin instrucción y sin armas según se decía, sin acordarse de que otros movilizados bretones, procedentes del mismo campo, cumplieron admirablemente con su deber, antes, durante y después de aquella batalla, á las órdenes del capitán de navío Gougard.

Las censuras dirigidas á Gambetta por la violación de las reglas de la jerarquía, por la suspensión de las de-

el general Chanzy ni el general Faidherbe tuvieron por qué quejarse de esa intervención, y que los generales Aurelle y Bourbaki hubieran podido desenvolverse también sin traba alguna, si hubiesen concebido y adoptado un plan de campaña que hubieran impuesto á los delegados de Tours y de Burdeos.

La dirección dada al primer ejército del Loira y el fracaso final de este ejército fueron particularmente imputados como un crimen á Gambetta, sin que se tuviese en cuenta la constitución rapidísima de este ejército, nius primeras victorias, que las negociaciones de Thiers en Versalles retrasaron cerca de quince días, ni el prestigio que la heroica resistencia de Chanzy, desde el 1.º hasta el 20 de diciembre, valió á las armas francesas.

Cambriels, en el Este, con algunas compañías de móviles y cuerpos francos; Fiereck, en el Oeste, con algunos batallones; La Motterouge en Beauce y en Solona con el 15.º cuerpo apenas organizado, tal era la situación militar de Francia, á fines de diciembre, cuando el estado mayor general alemán envió á Thann y á

Wittich con 35.000 hombres á cerciorarse de la existencia del ejército del Loira. Moltke creyó que bastaría un rápido paseo militar para despejar el país al Norte del Loira y obtener la evacuación de Orleans. En 5 de octubre, Thann y Wittich encontraron y batieron en Toury al general Reyau. Cinco días después, una nueva victoria, en Artenay, les acercó á Orleans, donde entraron, después de las acciones de Chevilly, Patay, Cercottes y Sarans. La Motterouge mostró poca energía, pero la verdad es que no podía resistir á las fuerzas combinadas de los dos generales alemanes; fué destituido y reemplazado, al frente del 15.º cuerpo, por Aurelle de Paladines, que tomó por jefe de estado mayor al general Borel y reunió á sus soldados dispersos en Salbris, al otro lado del Sauldre, donde los reorganizó lentamente.

Una vez dueños de Orleans, Thann y Wittich se separaron. Este último se dirigió con 12.000 hombres hacia Chateaudun, ciudad abierta, defendida por 865 cazadores francos de Lipowski y por los 435 guardias nacionales mandados por Testaniere, que opusieron una vigorosa resistencia digna de ser citada como ejemplo á las demás poblaciones de Francia.

Aurelle de Paladines, á la cabeza del 15.º y del 16.º cuerpos, mandados por Martín de Pallieres y por Chanzy, logró, á fuerza de perseverancia y firmeza, restablecer un poco de orden y de disciplina en las masas confusas que tenía bajo su dirección, y en 24 de octubre empezó á trasladar parte de su ejército de Salbris á Blois por Romorantin. El resto había de ganar el Loira, aguas arriba de Orleans, pasarlo en Gien y correrse, por la margen derecha, al Norte de Orleans, donde Martín de Pallieres se juntaría con Aurelle de Paladines, á fin de cortar á Von der Thann la retirada hacia París. La ejecución de este plan, muy hábilmente concebido por Freycinet y por el general en jefe, fué retrasado por el viaje de Thiers á Versailles. En 6 de noviembre se supo el fracaso del proyecto de armisticio y Aurelle de Paladines recibió la orden de precipitar el movimiento. Al día siguiente se libró el primer combate en Valliere y el ejército de Aurelle aceleró su marcha hacia el Este, en dirección de Coulmiers, donde encontró, el 9 de noviembre, todas las fuerzas de Von der Thann. El general bávaro, amenazado al Este y al Oeste por Martín de Pallieres y por Aurelle, hubiera tenido interés en atacar al cuerpo menos considerable, que era el de Pallieres. Pero en Coulmiers, como en muchas otras batallas, los alemanes estuvieron mal informados sobre los movimientos de las tropas francesas, que no conocieron hasta el momento de ejecutarse. Von der Thann reparó esta falta con la decisión que mostró tan pronto como supo, á no dudarlo, que le amenazaban fuerzas considerables por el Oeste; aceptó el combate el día 9 y no tuvo que batirse más que con los 20.000 hombres de Aurelle, mientras que si hubiese esperado el día 11, hubiera tenido que luchar con 22.000 hombres contra 100.000 y con 112 cañones contra 200.

La importancia de la victoria de Coulmiers fué singularmente reducida á causa de un error del general Reyau, quien tomó á los cazadores francos de Lipowski por fuerzas alemanas y, en vez de atacar la derecha del enemigo, para cortarle la retirada por la parte del Norte, se retiró á las posiciones que ocupaba por la maña-

na, dejando la ruta libre á Von der Thann, que pudo operar su retirada sin obstáculo alguno. Aquella misma noche los franceses volvieron á tomar posesión de Orleans, donde Catherineau había entrado durante el día con sus vandeanos.

El día 7 de septiembre, el ejército y la población de Metz habían tenido noticia de la catástrofe del día 1.º y de la revolución del día 4. El mariscal Bazaine, después de haber entrado en relaciones con Federico Carlos, que le confirmó aquellas noticias desnaturalizándolas, empezó la ejecución de su plan limitándose á emprender, en vez de grandes salidas, operaciones de detalle que á nada podían conducir. Mientras tanto, Bazaine recibió, en 23 de septiembre, al Sr. Regnier que se hacía pasar por enviado del príncipe imperial y que no podía llegar á las líneas francesas sin la complicidad del enemigo. Con la misma complicidad, el mariscal envió, en 24 de septiembre, el general Bourbaki á Inglaterra para que se avistase con la emperatriz; en 12 de octubre comisionó al general Boyer para que fuese á Versailles á negociar la paz en nombre del imperio y, al regreso de este general (el 18), sometió á un consejo de guerra las proposiciones de Versailles, que fueron desechadas. Boyer partió para Inglaterra el 19; pero la emperatriz Eugenia, más patriota, más francesa que Bazaine, capaz de impulsos funestos, pero incapaz de una bajeza, no quiso admitir sus proposiciones, y el 27 firmóse la capitulación del ejército y de la plaza en el cuartel general de Federico Carlos.

A la noticia de la capitulación de Metz, estalló un grito de dolor en toda Francia, y Gambetta, abatido, se estuvo paseando solo, durante hora y media, en el jardín de la prefectura de Tours. Vuelto de su anonadamiento, dirigió al pueblo francés una proclama en que el patriota, herido en sus más caras afecciones, lacerao el corazón, habló más alto que el hombre de partido; y pocas veces, en circunstancias tan críticas, se habrá dirigido á un pueblo un lenguaje más viril.

Si graves fueron las consecuencias políticas de la capitulación de Metz, las consecuencias militares fueron funestas para Francia. Había que deplorar no sólo la pérdida de un ejército numeroso y de un excelente cuerpo de oficiales, sino que también la llegada de un ejército enemigo de cerca de 200.000 hombres á los campos de batalla del centro de Francia, circunstancia que iba á cambiar todas las condiciones de la lucha, impedir la organización de los reclutas franceses, destruir las nuevas formaciones y hacer definitivamente imposibles las comunicaciones entre París y las provincias.

Al día siguiente de la capitulación de Metz, como al día siguiente del desastre de Sedán, los alemanes avanzan sin apresuramiento, pero con una regularidad matemática y un orden perfecto, entre el Saona y el Loira. Después de la batalla de Coulmiers, aceleran su marcha hacia Fontainebleau, por Toury, donde deben juntarse con las tropas de Thann y de Wittich, puestas bajo el mando del gran duque de Mecklemburgo. El 18 de noviembre, la tropa ligera de Federico Carlos llega al Esosna y al Loing; el día 22, los cuerpos 9.º, 3.º y 10.º ocupan Tourg, Pithiviers y Montargis; el 27, se efectúa en Janville la conjunción con el gran duque. Los alemanes tienen entonces delante de Orleans 110.000 hombres

y 480 cañones, en la línea de Chateaudun, Orgeres, Toury, Pithiviers y Montargis.

Una vez instalado en Orleans, después de la batalla de Coulmiers, Aurelle de Paladines recibió como refuerzo el 17.º cuerpo, que mandaron sucesivamente el general Durrieu y el general Sonis, el 20.º y el 18.º, al mando de Crouzat y de Billot, que se colocaron al extremo derecho de su ejército, y el 21.º al extremo izquierdo bajo el mando de Jaurés. Pero estos cuatro cuerpos, de formación reciente, recibían aún las órdenes de Tours; el 16.º y el 15.º eran los únicos que obedecían directamente al general en jefe. De acuerdo con la delegación, Aurelle había instalado las tropas de Chanzy y de Pallieres en forma de abanico alrededor de Orleans y había resuelto convertir esta ciudad en centro de un vasto campo atrincherado, al que protegería un recinto defendido por artillería de marina y, más allá de este recinto, los bosques que cubren la ciudad al Nordeste y al Noroeste. Este plan tenía la desventaja de colocar un numeroso ejército delante de un río caudaloso, sin salidas suficientes. Era evidente que, en caso de derrota, los 160.000 hombres que constituían el ejército del Loira no podrían escapar por los dos únicos puentes de Orleans; la derecha tendría que retirarse río arriba, la izquierda río abajo y el ejército quedaría dividido en dos partes.

Aurelle de Paladines pensaba que sus tropas de nueva formación resistirían mejor á los veteranos de los ejércitos alemanes detrás de las trincheras y de los abrigos naturales que en campo raso. La Delegación había opinado desde luego lo mismo, á pesar de la llegada á marchas forzadas del ejército del príncipe Federico Carlos, libre desde la capitulación de Metz y cuya vanguardia se hallaba en Fontainebleau desde el 13 de noviembre. Pero la situación de París reclamaba la acción de los ejércitos de provincias y, sin dejar de guardar á Orleans como cabeza de línea, como punto de partida de un ejército en marcha sobre la capital, Gambetta y Freycinet, en vez de concentrar todas sus fuerzas en el campo atrincherado, alejaron las alas del ejército de su punto de apoyo, á fin de que estuviesen lo más cerca posible de París. De este modo se opuso un frente de más de 100 kilómetros á un enemigo que avanzaba en una masa única é irresistible.

Después de la batalla de Coulmiers, Moltke había puesto á Thann y á Wittich bajo las órdenes del gran duque de Mecklemburgo y mandado al príncipe Federico Carlos que renunciase á Chalóns-sur-Saône y á Bourges, sus dos primeros objetivos, para marchar sobre Fontainebleau y sobre Pithiviers. No se equivocaba sino acerca de la importancia de las fuerzas reunidas en el Oeste, puesto que envió de pronto al gran duque de Mecklemburgo hacia Nogent-le-Rotrou y hacia Connerre. Reconocido el error, lo llamó hacia el Este, le ordenó el 22 de noviembre que se reuniese con el ejército de Federico Carlos, y la reunión de ambos ejércitos constituía una fuerza de 110.000 soldados aguerridos y ebrios de entusiasmo por sus recientes victorias.

En 24 de noviembre, el 18.º cuerpo, á la extrema derecha francesa, fué desalojado de Ladón. El día 28, la batalla de Beaune-la-Rolande, en que Crouzat y Billot, no sostenidos por Martín de Pallieres, inmóvil en Chilleurs-aux-Bois, perdieron 3.000 hombres, obligó á

los cuerpos 18.º y 20.º á replegarse sobre Bellegarde. No fué mejor la suerte del 17.º cuerpo, á la extrema izquierda francesa. El general Sonis, vencedor en el pequeño combate de Brou, había tenido que evacuar Chateaudun en la noche del 28 al 29 de noviembre y replegarse sobre el 16.º cuerpo, al que se unió con tropas extenuadas.

Aún era tiempo de aproximar los cuerpos 16.º y 17.º al 15.º y mantener las comunicaciones con el 18.º y el 20.º; pero en aquel momento llegó á Tours la noticia de que París iba á intentar una salida. Gambetta y



Federico Francisco II, gran duque de Mecklemburgo

Freycinet se trasladaron al cuartel general de San Juan de Ruelle, al Norte de Orleans, y fué cosa resuelta que el ejército del Loira continuara su marcha hacia Fontainebleau, por Pithiviers, á fin de dar la mano á París.

Este plan fracasó. El 1.º de diciembre, Chanzy libró la batalla de Villepion, conservando todas sus posiciones: aquella misma noche supo que Ducrot había logrado romper las líneas del cerco. El parte que señalaba esta victoria del ejército de París anunciaba al mismo tiempo otra obtenida en Epinay. Pero se descifró mal el despacho; se confundió Epinay-sur-Seine, donde efectivamente había habido un encuentro, con Epinay-sur-Orge, y el ejército del Loira creyó, como el gobierno, que el bloqueo de París había sido roto.

El combate de Poupry, librado por el 15.º cuerpo, y la batalla de Loigny, sostenida por el 16.º y el 17.º, señalaron la jornada del 2 de diciembre. Nos falta espacio para referir los heroicos episodios del ataque de Loigny por el general Sonis y de la defensa del cementerio por el 37.º de marcha; los alemanes dejaron 3.500 hombres sobre el terreno, pero continuaron su avance, empujando masas desmoralizadas y acercándose á Or-

leáns mediante los combates victoriosos de Artenay y de Chevilly en 3 de diciembre, y el de Carcottes al día siguiente. La retirada, ordenada por Aurelle de Paladines el 3 de diciembre, había empezado con metódica lentitud para continuar con una precipitación confusa y acabar en derrota.

El 15.º cuerpo, deshecho, pasó el Loira y se dispersó por los caminos de la Soloña: el día 6 llegaron á Salbris, macilentos, andrajosos y sin armas, los vencedores de Coulmiers. Aurelle de Paladines, completamente desmoralizado, supo, por un telegrama de la Delegación, que el ejército del Loira formaría en adelante dos ejércitos distintos: uno á las órdenes de Bourbaki y el otro á las de Chanzy; á él se le ofreció el mando de las líneas estratégicas de Cherburgo, pero no quiso aceptarlo, y esperó en un retiro silencioso el fin de una lucha en que durante dos meses había desempeñado un papel importante. No dejó de estar á la altura de su cargo mientras se trató de reconstituir el ejército y seguir un plan que otros habían concebido y le mandaban ejecutar con premura. Pero después de la victoria se mostró inquieto é indeciso; se dejó abatir por las enormes responsabilidades que sobre él pesaban y que hubieran abrumado quizá á un general más joven y de más fibra que él. Concluída la paz y abierta la *información*, dió libre curso á sus rencores políticos y religiosos ante la *Comisión*, declarando menos como general que como diputado reaccionario y clerical.

La iniciativa, la energía y la decisión de que carecía Aurelle, las reunía en grado sumo el comandante del segundo ejército del Loira, el brillante general Chanzy. Desde el mediodía del 4 de diciembre, los cuerpos 16.º y 17.º estaban incomunicados con el 15.º y con Aurelle de Paladines. Detuvieron al enemigo en Patay y en Boulay y pudieron retirarse hacia Beaugency sin ser muy molestados por los alemanes, que no tenían más idea que la de entrar en Orleáns, donde penetraron, de acuerdo con la autoridad militar francesa, el 5 de diciembre, después de haber perdido 1.500 hombres en las jornadas del 3 y del 4. Las bajas de los franceses correspondientes á estas mismas jornadas ascendían á 3.000, y con los prisioneros, la pérdida era de 20.000 hombres. Soldados pertenecientes á todos los cuerpos y á todas las armas se reunieron en torno de grandes fogatas en todas las plazas de Orleáns: habían preferido entregarse á los alemanes á juntarse con la masa azorada que se precipitaba por la calle Mayor que conducía al Loira. Aquel desfallecimiento, por no decir aquella cobardía, no tenía más excusa que las fatigas experimentadas durante cuatro días, las marchas por las llanuras de la Beauce y por los caminos barrancosos del bosque, el hambre y un frío terrible de 20 grados.

Chanzy, que tomó á Vuillemot como jefe de Estado mayor, con el 16.º cuerpo mandado por Jaureguiberry y el 17.º en que Colomb reemplazó á Sonis, recibió además el mando superior del 21.º, dirigido por otro marino, Jaurés, y el de una columna móvil que tenía por jefe al general Camô. Con estas fuerzas, que sumaban unos 60.000 hombres, Chanzy tuvo que resistir durante diez días, desde el 7 hasta el 16 de diciembre, á los 27.000 alemanes que el príncipe Federico Carlos había lanzado contra él á las órdenes del gran duque de Mecklemburgo. Delante de Josnes, en Freteval, en

Morea y en Vendome, libró incesantes combates, retrocediendo paso á paso delante del enemigo, pero cuando le parecía oportuno, no abandonando las fuertes posiciones, que sabía escoger, hasta el momento preciso en que consideraba que ya no era posible pedir más larga resistencia á aquellos hombres extenuados y acabando por cansar de tal modo á los alemanes, que desde el 16 hasta el 19 de diciembre pudo continuar su retirada á través de la Perche sin ser apenas hostilizado. «El general Chanzy, dijo Moltke, es indudablemente el más capaz de todos los jefes que los alemanes tuvieron que combatir en campo raso.» Y Gambetta proclamó á Chanzy «el verdadero hombre de guerra revelado por los últimos acontecimientos.»

Después de su retirada, Chanzy, como Aurelle de Paladines después de la victoria de Coulmiers, tenía un plan particular que no pudo poner en ejecución; pero, más justo que Aurelle, no trató de hacer recaer sobre la Delegación, y en particular sobre Freycinet, toda la responsabilidad de los acontecimientos que la adopción de otras combinaciones ocasionó. Aurelle no admitía más que la defensiva. Chanzy, puestos los ojos en París, cuya situación conocía exactamente después de la llegada en globo del comandante Boisdeffre, portador de una carta de Trochu, hubiera querido reanudar la ofensiva con su ejército reorganizado, cambiar su acción con la de Bourbaki, cuyo ejército había sido reorganizado también, y con la de Faidherbe, cuyas victorias le permitían reanudar las operaciones. Propuso un esfuerzo simultáneo, partiendo cada uno de estos tres ejércitos de un punto determinado y teniendo que recorrer distancias casi iguales para llegar á las cercanías de París y bloquear al ejército alemán que tenía sitiada á la capital. El enemigo, que se encontraba dentro de la zona que había que recorrer, habría atacado á uno de los ejércitos, ó á dos, ó á los tres al mismo tiempo y, en tal caso, no hubiera sido fuerte en ninguna parte. Una victoria sobre uno de los tres puntos habría bastado quizá para romper el cerco. El movimiento, ya empezado, del ejército de Bourbaki hacia el Este impidió que la Delegación acogiese este plan, y los alemanes pudieron conducir de nuevo el grueso de sus fuerzas contra el segundo ejército del Loira.

Encontrándose seguro en el Mans, Chanzy encargó á los generales Rousseau, Jouffroy y Curtén que mantuvieran al enemigo suficientemente apartado de la ciudad para que sus batallones pudiesen reorganizarse, y se consagró enteramente á esta tarea. Apenas la había terminado, cuando Federico Carlos, que desde el 16 de diciembre había vuelto á concentrar la masa de sus fuerzas en Orleáns, emprendió en 1.º de enero de 1871 su marcha hacia el Mans para vigilar los movimientos de Bourbaki: había recibido del cuartel general superior la orden de acabar con el ejército de Chanzy, contra el cual echó esta vez 73.000 hombres.

El 7 empezaron los encuentros, sostenidos por las tropas francesas colocadas á modo de vanguardia, y el 10 se inició la batalla del Mans. El primer día Chanzy conservó todas sus posiciones; el segundo sus tropas flaquearon en toda la línea y no obtuvieron victorias parciales, como la recuperación de la meseta de Avours por los soldados de Gougard, sino bajo la acción de jefes enérgicos. El abandono de una po-

sición muy fuerte, la Tejería, al extremo derecho del ejército francés; la imposibilidad de volver á conducir al combate á los móviles bretones y el abatimiento general observado y atestiguado por los jefes de cuerpo más valientes, fueron motivos bastantes para que se decidiese la retirada: el día 12 el enemigo entró en el Mans. Los cuerpos 16.º, 17.º y 21.º habían de librar combates todavía: el 14 de enero en Chassillé y en Beaumont-sur-Sarthe, el día 15 en Saint-Jean-sur-Evre, y el 17 en Sillé-le-Guillaume, antes de encontrarse en seguridad en la opuesta orilla del Mayena. Chanzy hubiera querido operar su retirada hacia Alenzón, á fin de hallarse en condiciones de poder reanudar su marcha hacia París por Chartres, y sólo por orden de la Delegación se resignó á retirarse hacia Laval, á renunciar á lo que él llamaba la «suprema dicha», es decir, salvar á París. Su ejército había sufrido una merma de 20.000 hombres, pero lo peor era que estaba herido moralmente, y el combate de Sillé-le-Guillaume fué el último esfuerzo de aquel segundo ejército del Loira en que se habían puesto tantas esperanzas. El último recurso de la Defensa nacional se desvaneció el 17 de enero, el mismo día en que la otra porción del ejército del Loira y todo el ejército del Este encontraba en las márgenes del Lisaina el término de sus victorias, dos días antes de las batallas de Buzenval y de San Quintín.

Si la desorganización, la depresión moral y el menoscabo del segundo ejército del Loira eran grandes, también lo era la mala situación material del ejército enemigo. El mismo Von der Goltz lo ha dicho: «Había cuerpos de ejército y batallones de los cuales no quedaba más que el nombre... Un cuerpo de ejército contenía apenas tanta infantería como una división al principio de la guerra y los mejores elementos habían desaparecido, arrebatados por las balas y las fatigas.» En muchos batallones, los hombres iban descalzos; en el ejército de Federico Carlos, los soldados vestían diversos uniformes del ejército francés, menos los pantalones encarnados que los hubieran expuesto á las balas de las demás fuerzas alemanas.

En el Norte, la Defensa nacional había encontrado al hombre más apto para sacar partido de los mediocres elementos que podían oponerse al enemigo. El general Faidherbe, que había hecho toda su carrera en el Senegal y en la Argelia, dió pruebas fehacientes de ser hombre pensador y previsor, y se vió bien secundado por su jefe de Estado mayor, el general Farre, futuro ministro de la Guerra, que continuó, bajo su dirección, la organización del ejército del Norte que había emprendido bajo la de Bourbaki.

La campaña no empezó seriamente en el Norte hasta después de la capitulación de Metz; en septiembre y en octubre los alemanes, como no tenían enfrente fuerzas muy temibles, se contentaron con ocupar las poblaciones de la cuenca del Oise, Creil, Chantilly, Senlis, Clermont, Beauvais, y destacar 3 ó 4.000 hombres del ejército que sitiaba á París para ocupar Gisors y Breteuil, después del combate del 18 de octubre, y Montdidier el 17; para imponer el 21 una contribución de guerra á San Quintín que Anatolio de la Forge había defendido valerosamente trece días antes, y para librar, el 28, el combate de Formerie. En aquellos días Ruán, el de-

partamento del Sena Inferior y la Normandía estaban confiados al mando del general Briand, y el Norte al de Bourbaki.

Cuando Manteuffel, sucesor de Steinmetz, enviado de Metz con 35.000 hombres, 4.388 caballos y 174 cañones, llegó á Noyon y á Compiègne el 22 de noviembre, y á Montdidier el 25, el ejército del Norte ya no poseía su primer general. Bourbaki, que no tenía confianza ni la inspiraba ya, había sido relevado el 18, y fué el general Farre, con los generales Lecomte, Paulze d'Ivoy, Derroja y Bessol, el que soportó el primer ataque serio del enemigo. El 27 de noviembre, Farre, al frente de 25.000 hombres y 60 cañones, resistió honro-



El almirante Jauréguiberry

samente en Villers-Bretonneux y pudo retirarse sin ser hostilizado. Pero la pérdida de Amiéns fué el resultado de la batalla de Villers-Bretonneux, y resultado más grave todavía fué que el ejército del Norte tuvo cortadas sus comunicaciones con Normandía y con el general Briand. Dejando á Gœben en Amiéns, Manteuffel marchó hacia Ruán, donde entró el 5 de diciembre. Briand, que no disponía más que de 22.000 hombres, de los cuales sólo 11.000 eran soldados regulares, y de 30 cañones, no había creído poder resistir: evacuó la ciudad el 5 por la mañana y se dirigió hacia Honfleur, desde donde hizo transportar su pequeño ejército al Havre.

En el Norte, Faidherbe había tomado el mando el día 3 de diciembre, y seis días después, con un ejército apenas reorganizado de 31.000 hombres y 99 cañones, recuperó á Ham y obligó á los alemanes á volver de Ruán á Amiéns, para librarle, en 23 de diciembre, la batalla de Pont-Noyelles, en que las pérdidas se compensaron y cada cual conservó sus posiciones.

Manteuffel volvió á Ruán, confiando á Gœben el cuidado de derrotar á Faidherbe y apoderarse de Perona. Faidherbe era más temible de lo que pensaban los alemanes; para librar á Perona del bloqueo, libró, el 3 de enero, los dos combates de Supignies y de Achiet-le-Grand, y, el 7, la batalla de Bapaume que fué una